

¹⁷ «Estos portugueses me parecen unos destacados aborrecedores de su propia gente y deseosos de parecer ingleses; pero los ingleses hallan, en su vanidad, que de los portugueses a ellos hay más grados en la escala de los seres que de los portugueses a los macacos. Muchos se han enojado contra usted porque usted ha dicho que son españoles. En efecto, no lo son; quieren ser ingleses y no son más que gallegos [...] Cada día estoy más desencantado del iberismo, y, sobre todo, de los portugueses. Me parece profundo este dicho de Tamayo: «No quiero a Portugal si no me le dan despojado». Soy, con todo, de opinión que Portugal puede sernos útil, pero no sabemos gozar de esta utilidad. Para España debía ser Portugal como para los mozos de Esparta aquel ilota borracho con el aspecto de cuya degradación y extravagancia se retraían ellos de incurrir en la borrachera [...] Esto es bello como país y delicioso como clima; pero ¡qué gente, Dios mío, qué gente! El mejor de los portugueses es una caricatura de un español de igual clase, con algo de odioso además, porque hoy su amor a su autonomía crece en la Península no por la abundancia de diversas clases de savia sino porque vamos todos a buscar en tierra extranjera la savia que nos falta o que creemos que nos falta [...]. Un castellano imparcial, como yo creo que lo soy (salvo la suposición atrevida de llamarme castellano habiendo nacido en el

las cuestiones del día no encontraban reflejo en el escrito, alumbrado precisamente por la comezón colocada en el espíritu de su autor por el auge del catalanismo. Con aspereza infrecuente en su obra, Valera descalificará dicha corriente ideológico-política al considerarla nociva para la existencia de la patria española y su progreso. El legado de los siglos ponía de manifiesto su inviabilidad. Al contrario de lo que sucediera con Portugal, cuya trayectoria en forma opuesta a lo que pretendían los ideólogos del catalanismo, en ningún momento se asemejaban a la del Principado, la historia imponía en los respectivos progresos una diferencia capital que estribaba en el hecho de la nacionalidad. Esta había acompañado desde su nacimiento a Portugal con la dinastía de los Austrias, en tanto que la Corona de Aragón mostró una incoercible inclinación española en los momentos decisivos de su andadura autónoma.

Amplios y cristalinos párrafos desarrollaban la teoría valeriana sobre la formación de la unidad hispana, nutriéndose del mismo ideario que alimentara a su escrito de treinta años atrás, historia y literatura volvían a comparecer *in extenso* como apoyatura y, a las veces, refrendo de la tesis de D. Juan. Alguna de éstas recibirá ahora una atención más específica, especialmente la de la españolidad del Portugal del otoño medieval e inicios de los tiempos renacentistas. Los grandes reyes lusitanos de esta época, sus caudillos y artistas revelaron en sus actos y deseos una concepción unitaria del ser histórico de España. Un destino fatal sembró entonces la unión peninsular de grandes ocasiones perdidas, al contrario de lo que acaeciera entre Castilla y Aragón, cuyas glorias eran cantadas muy entusiásticamente por la fría pluma del humanista cordobés¹⁷.

El cual elogiaba también con vivo acento los numerosos valores que atesoraba la obra de Oliveira, con la que disentiría, empero, en ciertos extremos capitales, asaz interesantes para un estudio de la civilización y cultura hispanas, pero alejados un tanto del objetivo perseguido por las presentes páginas. Bien que muy sintetizada, una verdadera teoría de la historia de España y de la forja de la civilización peninsular queda formulada en los párrafos centrales de su extenso comentario al libro indicado. Particularmente, los estudiosos atraídos por la contribución musulmana a la identidad española —muy matizada y casi devaluada por el cordobés— encontrarán aquí valiosas piezas para su análisis.

El testamento iberista de Valera

El pensamiento iberista del autor de *Pepita Jiménez* expuesto en plena efervescencia del movimiento allá por los años sesenta e inicios de la déca-

da siguiente con el nuevo impacto recibido por la «Gloriosa», volvería a manifestarse, ahora ya sin ningún ambaje ni disimulo, con motivo de la denominada crisis del Ultimátum. Aprovechando su reseña en verdad crítica al libro divulgador *Portugal contemporáneo* del cubano Rafael María Labra, uno de los más incondicionales partidarios del iberismo en los decenios precedentes, aparecido en Madrid a fines de 1889, D. Juan desgranaría algunos de los argumentos que le llevaban a desechar cualquier planteamiento unificador, tanto a corto como a largo plazo. Más por culpa y responsabilidad de España que por las de la nación vecina, ambas desconocían casi todo del pasado y el presente de su respectivo vecino. Con tal basamento cualquier idea de estrecha alianza o de unidad política frisaba en lo quimérico. A mayor abundamiento, la coyuntura depresiva padecida por uno y otro país no era tampoco la más oportuna para alentar una empresa que, de realizarse sumaría debilidades y escaseces. Los tiempos aconsejaban precisamente lo opuesto a las aspiraciones de los iberistas hispanos. Que una y otra nación recorrieran independientes los próximos tramos de la historia era para el avezado diplomático y buido observador de la realidad internacional la fórmula más idónea para la paz de entreambas. Tanto más cuanto que los modelos diseñados por los iberistas españoles se mostraban a la mirada de Valera como caja de Pandora, ya que la autonomía preconizada por el autor de *Portugal contemporáneo* y muchos otros de sus compañeros de aventura, era una pócima demasiado fuerte para países erosionados por una prolongada decadencia. Si internacional había sido la causa inmediata y directa de la grave crisis de enero de 1890, también habría de provenir del exterior y de las principales cancillerías europeas una solución relativamente honorable para un Portugal razonablemente ofendido. Evidentemente, España poco o nada tenía que hacer en el tema, en donde sólo los fuertes imponían su criterio¹⁸.

No contento con tan crudo realismo, D. Juan ahondaba aún más el estilete desinflador de sus sueños y utopías. Campañas lingüísticas y demográficas en pro de un bloque iberoamericano no obtendrían otro resultado que el de elevar aún más los muros de hostilidad y recelo por parte de las potencias anglosajonas, en vanguardia del protagonismo histórico. Inconscientemente, como es claro, D. Juan adelantaba en este diagnóstico de la crisis lusitana de 1890, el desconsolador análisis que provocaría en su ánimo, embargado por la tristeza, según lo patentiza su *Morsamor*, el trauma del 98, en muchas dimensiones semejante al que padeciera Portugal unos años atrás. «Por ahora la unión está hartamente distante, y conviene quizás que lo esté. Ya lo hemos dicho: la unión de dos ruinas traería ruina mayor y no restauración ni renacimiento. [...] Esta misma ignorancia que hay en España de todo lo portugués, la casi igual ignorancia que en Portugal hay

reino de Córdoba) reconoce desde luego todas las nobles prendas de los catalanes, admire todas las glorias del antiguo condado y cree que Barcelona es en el día la primera ciudad de España [...] Desengañémosnos: el catalanismo es absurdo y malsano. Y el regionalismo, en general, no bien traspassa los límites de aspirar a cierta descentralización [...] sólo puede conducir al caos del cantonalismo, ideal de Pi y Margall, o a la disolución de un gran pueblo, que pudiera partirse como Polonia, si tuviese por confín grandes potencias y no mares [...] Menester ha sido de un conjunto de circunstancias extraordinarias, de un verdadero prodigio histórico para que en la Península sea y tenga cumplida razón de ser, además de la nación española, otra nación, la nación portuguesa». Ibid, 813. 817 y 820.

¹⁸ «En el Siglo de Oro de Portugal y de España, al portugués más acérrimo no se le ocurría negar su calidad de español. Se distinguía, sí, de castellanos, aragoneses, catalanes, andaluces o gallegos; mas para él eran españoles todos. Su gran Camoens era el príncipe de los poetas españoles; España, con Portugal, era la cabeza de Europa toda y Portugal, parte de España, era como la coronilla o vértice de la cabeza. Este mismo modo de pensar sigue en el día, si bien, para evitar confusiones y para dar satisfacción a cierta pudibundez autonómica, se califica de ibérico lo que se califica de español». Ibid, 825.

de España, ¿para qué negarlo?, no proviene sólo de nuestra desidia, sino de cierto menosprecio vulgar e injusto y de la cándida admiración y el éxtasis y arrobos con que admiramos lo inglés o lo francés, desdeñando todo lo nuestro, hasta el día en que nos sentimos vejados o maltratados por nuestro ídolo y nos volvemos contra él con furia impotente y, por su ineficacia, un poquito cómica [...] pero una tardía reconciliación con la también decaída España no había de rehacer lo destruido entonces, ni había de volver a Portugal ni a España el poder perdido y las posesiones ultramarinas malbaratadas. Razón tiene, pues, *O Seculo* en responder con desvío a las cándidas muestras de ternura y a los ofrecimientos de alianzas y de uniones que periódicos de aquí han hecho inocentemente a Portugal en su presente cuita. Con todo, no es menos cándido soñar con que de ella pueda sacarle una confederación de los pueblos *latinos*, como si la etimología casi idéntica en los Diccionarios de algunas naciones tuviesen mucho que ver con su diplomacia. El interés general de toda Europa será quien, al fin, sacará a Portugal, si no airoso, menos vejado y lastimado»¹⁹.

José Manuel Cuenca Toribio

¹⁹ «Distamos no poco de inferir, con la seguridad con que infiere el señor Labra, la natural unión de Portugal y España en un porvenir más o menos cercano. Grandes son las dificultades que habría de vencer para esto; pero de todos modos, ni creemos, ni deseamos que sea condición de esa unidad futura cierta descentralización con que sueña el señor Labra y que viene a parar

en autonomía. Preferible es seguir siempre separados de Portugal, a romper nuestra unidad nacional, ya lograda en todo lo demás que es y que se llama España [...] Aún cuando fuera posible y hasta fácil la unión ibérica, con Portugal y España, no sería la unión ventajosa ni conveniente. No brotaría de esta unión vida más briosa, sino miserias mayores, recriminaciones y

disturbios. Las autonomías del señor Labra lo empeorarían todo en vez de remediarlo. Tal como es ahora la situación del mundo y de las cosas que hay en él, nos parece que si aunásemos todas las fuerzas de España y de Portugal y de sus colonias, y de las dieciocho repúblicas que fueran sus colonias, no inspiraríamos, por ejemplo, a Inglaterra, más respeto y consideración, y le inspira-

ríamos, en cambio, cierto recelo y enojo, que hoy siquiera no le inspiramos. Lo menos malo, pues, es vivir modestamente separados, y desechar como peligroso y tentador ensueño toda vaga esperanza, no ya sólo de unión, sino hasta de confederación ultraautonómica». *Ibid.*, Madrid, 1949, II, 814-5. Vid también nuestro artículo «Galdós, iberista», *Anuario de Estudios Atlánticos* (1994).